

SILVIA SÁNCHEZ ROG: LA MUJER SIN MEMORIA
Y OTROS RELATOS (2023)

TODO LO QUE EXISTE

En casa de Carmen, con su marido y sus dos hijos, hay un gato. El animal ya no parece sentir curiosidad por nada. Lleva viviendo en el mismo hogar, entre esas mismas paredes, doce años y un mes. Vive enrollado sobre sí mismo, con el hocico apoyado sobre un costado y apenas se le oye respirar; parece estar de acuerdo con su propia situación.

Alguna vez se desenrosca y hace el amago de jugar con cualquiera de las gomas de pelo de Carmen, la coge del baño con la garra y la echa al suelo, o con una de las pelotitas que tienen los niños en su cuarto, pero eso es todo. El gato lleva años sin interesarse realmente por nada, ni siquiera por lo que hay al otro lado de los ventanales de la vivienda. Ya no mira ni los pájaros ni las nubes a través del cristal, lo tiene todo muy visto, es siempre la misma cosa; un gorrión o dos volando cerca de la ventana, unas cuantas nubes más o menos luminosas moviéndose en lo alto y varios peatones caminando al otro lado de la calle.

Por eso, el día que sucede esa cosa tan extraña que, además, parece imposible y casi nunca le ocurre a nadie en su casa, el animal se vuelve loco de alegría. Esa cosa

tan extraña es que, una tarde, Carmen descubre, al retirar la lavadora de su sitio, un pasadizo secreto.

Carmen está satisfecha con su propia vida, se siente cómoda en ella y no necesita pasadizo secreto alguno para animar su existencia. Ella va y viene a su antojo, siempre con la familia. Hacen compras en Carrefour, en Mercadona y en El Corte Inglés, van al cine del centro comercial que les queda más cerca, planean excursiones al Cerro algunos domingos. Entre semana, todos regresan a sus quehaceres, los niños al cole y los padres a trabajar. Sus existencias están perfectamente organizadas. En ese ambiente todo forma parte de la misma rutina, nada altera el orden regular de las cosas.

Sin embargo, tras el descubrimiento del pasadizo, el gato está como loco de felicidad y ahora parece un caballo, tiene hasta otra postura cuando salta o camina; con las patas delanteras muy estiradas y el lomo también erguido, en forma de arco. Parece que se siente un héroe, que al fin le ha llegado su momento y apenas se deja ver fuera de ese pasadizo.

—Minino, ¿dónde te escondiste, chiquitín? ¿No estarás malito?

La familia emplea ahora los fines de semana enteros para buscarlo. Las cosas han cambiado. Notan su falta. Están preocupados, eso sobre todo.

Los días siguientes, cuando van en el coche a comprar la comida y otros productos para el hogar, Carmen se acuerda del gato más que nunca y, al llegarle la vez en la pescadería, encarga salmón del bueno para su mascota.

A la vuelta, lava el pescado y se lo echa en el platito. Aun así, el gato sigue sin aparecer.

A veces, cuando está sola en casa, piensa con curiosidad en ese pasadizo. Se queda como ida, imaginando cosas fuera de la realidad, se diría que soñando. Pero enseguida le llega el olor a suavizante de la ropa recién sacada de la lavadora y entonces pone los pies en la tierra y le da por tender la colada. Cree que es mejor tender la colada, cuanto antes.

Programar la lavadora y luego colgar las toallas o los pantalones ya limpios de los niños es un procedimiento relajante al que está acostumbrada. Lo otro, no.

Su esposo no dice nada en torno a ese pasillo a lo desconocido que apareció en su hogar. Bueno, a ella le ha puesto una vez mala cara y después le ha soltado que no quiere escuchar ni una palabra más sobre ese pasadizo o lo que sea, que bastantes problemas han tenido ya con la infraestructura de la vivienda y que, algún día, venderán esa casa y se irán todos a vivir al campo. Pero, fuera del hogar, el hombre no ha sacado el tema, ni con sus compañeros de trabajo ni con nadie.

Sin embargo, últimamente él se levanta por las noches y luego le dice a Carmen (que le espera en la cama con la luz encendida, haciendo como que lee) que tenía hambre. Se ha dado otro atracón de comida. No lo ha podido evitar.

Por el bien de su marido, por si le vuelven los problemas de ansiedad que ya tenía cuando se conocieron, Carmen ha decidido ponerle un candado a la

nevera. Por las noches, se guarda la llave en el bolsillo de su bata de algodón hasta la mañana siguiente, que la vuelve a abrir muy temprano porque ella es la más madrugadora de toda la familia feliz y unida.

De vez en cuando, los niños creen vislumbrar una mancha negra en un rincón cualquiera de la casa, que enseguida se desvanece y, entonces, les parece que huele a gato. Ellos ya no comentan nada, no han vuelto a hablar sobre el asunto, al menos delante de Carmen. Pero la madre lo nota, que están tristes y que no dicen nada para no hacerla sufrir. «¡Pobres niños!».

Ahora han llegado a un punto en el que las cosas están así; la familia entera hace como que el gato no ha existido nunca.

El tiempo transcurre y, a veces, uno de los dos adultos se sorprende pensando en lo que ocurriría si descubriera otro pasadizo detrás de un mueble, debajo de una baldosa, si siguieran los tubos conductores del aire acondicionado. Entonces sienten como que les duele algo, no es un dolor físico pero tampoco saben bien qué es. No hablan de ello aunque, muy a menudo, los dos se buscan para abrazarse. Ahora se sienten más unidos que nunca.

Así van pasando las semanas y ya han conseguido retomar las riendas de su vida, volver a sus rutinas. De nuevo se patean los centros comerciales, ven películas en casa, entran en un cine de vez en cuando, continúan con las excursiones al Cerro y, una tarde en la que están todos distraídos, conversando frente a las imágenes

planas del televisor, la silueta negra del gato aparece de repente en la sala.

La pareja y los dos niños enmudecen, le miran pasmados. El minino, muy quieto, los contempla a su vez con los ojos mantecosos, con un gesto, se diría que distinto. Se sienta sobre su trasero. Mantiene la cabeza erguida. Les sigue mirando. Ellos deciden acostar a los chicos.

Ya no saben muy bien cómo actuar delante del animal y Carmen abre enseguida dos latas de atún, las vuelca sobre un recipiente de plástico y lo pone en el suelo de la cocina (ahora no tienen pienso para gatos, ni el platito donde antes le echaban de comer). Intenta mostrarse cariñosa con él, pero en realidad está incómoda.

Ya no sabe cómo tratarle.

Después se acuesta muy compungida y abraza a su marido. Se aprietan el uno contra el otro. Incluso se escuchan los latidos de sus corazones.

Por la mañana, tras quitarle la nieve al coche y subirse los cuatro en él, llevan, como de costumbre, a los niños al colegio. Luego, en lugar de girar a la derecha en la primera rotonda, en dirección al trabajo de ella y después al de él, conducen el automóvil bajo un cielo frío y transparente que ha dejado la ciudad entera pintada de blanco, hasta un veterinario que han encontrado en las páginas amarillas. Porque, por nada del mundo irían en estas circunstancias a su veterinario habitual.

—Qué bonita está la mañana, ¿verdad? —dice Carmen, sacando la cabeza por la ventanilla. Contempla las hojas de los árboles copadas de nieve y los tejados blancos y triangulares de las casas de la zona residencial por la que ahora circulan. Nota en las mejillas el aire crudo, gélido. Después se arrima al marido y le coge la mano que tiene sobre la palanca de marchas.

Él la mira y sonrío. Carmen pulsa el botón y cierra la ventanilla del coche.

El gato está en el maletero, metido en una canasta de mimbre y, aunque a veces maúlla, ellos no hacen caso.

Finalmente llegan al veterinario y, durante los veinte minutos que tardan en ser atendidos, ponen unos gestos como desconsolados. Se miran todo el tiempo, sentados en la sala de espera que comparten con otras personas y animales y se cogen las manos, apretándolas con fuerza, felices de tenerse el uno al otro.